

El compromiso de la ciencia y la ciencia del compromiso

Julio Carranza Valdés

Economista. Oficina Regional de Ciencia para América Latina y el Caribe UNESCO, Montevideo.

La complejidad y desafíos del mundo actual, así como la emergencia de procesos progresistas de transformaciones sociales, sobre todo en América Latina y el Caribe, conducen nuevamente a reflexionar sobre un viejo pero inagotado tema, esta vez con una relevancia renovada: las relaciones entre las ciencias sociales y la política, más específicamente, en el contexto de los procesos revolucionarios.

A principios del siglo xx, en el invierno europeo de 1919, Max Weber participó en un ciclo de conferencias ante la Asociación Libre de Estudiantes de Munich. Su intervención fue publicada en el verano de ese mismo año bajo el título *El político y el científico*,¹ importante referencia en el tratamiento de este tema, por más que no compartamos su visión acerca de la imposibilidad de una ciencia políticamente comprometida. Para Weber, lo que define esencialmente la política es la lucha por el poder (el Estado) y este supone la dominación de unos hombres sobre otros impuesta a través de un conjunto de medios, entre ellos y de manera decisiva, el de la violencia. Desde su perspectiva, corresponde a la ciencia arrojar claridad sobre los fenómenos sociales y sus posibles consecuencias, pero sin una actitud de

compromiso con determinado curso de acción promovido desde la política. A pesar de que vivió en un período muy convulso de la historia europea, caracterizado por procesos de luchas revolucionarias en Rusia, Alemania y otros países, Weber mantuvo distancia, en tanto hombre de ciencias, respecto a las fuerzas políticas involucradas en estos acontecimientos, aunque realizó sobre ellos una muy interesante reflexión académica que se refleja en toda su obra.

Su renuencia a asumir compromisos políticos con los procesos de transformación que se debatían en su época, no invalida completamente su erudita reflexión acerca de la relación entre política y ciencia —en específico en el caso de las sociales y humanas, o ciencias de la cultura, como él las llamaba—, solo que esa reflexión debe ser leída de una manera crítica por quienes consideramos y fundamentamos la necesidad y la posibilidad de una ciencia social comprometida con las transformaciones sociales, aunque ese compromiso debe entenderse en toda su complejidad y no de manera vulgar y manipulada, como muchas veces se ha intentado en la historia de muchos procesos.

Las relaciones entre ciencias sociales y política —o para decirlo de otra manera, entre el científico y el político— nunca han sido fáciles. Con frecuencia han estado afectadas por suspicacias y desconfianzas mutuas. Los científicos o académicos temen ser instrumentalizados por la política con lo cual perderían autonomía y profundidad en el análisis de la realidad. Los políticos o funcionarios de gobierno temen que del mundo académico solo puedan recibir críticas y pocos aportes prácticos y útiles para enfrentar problemas específicos e inmediatos, o propuestas fuera de lo aceptable para su base política y electoral.²

Esta desconfianza no se explica solamente por subjetividades; es también consecuencia de una relación compleja y riesgosa. Solo una comprensión suficiente de su naturaleza, potencialidades y necesidad puede contribuir a un clima más adecuado para que se produzca y despliegue todo su potencial.

Es necesario considerar también que la producción de conocimientos resulta un proceso complejo en el cual participa una multiplicidad de actores. La comunidad científica e intelectual es uno de esos, pero no el único. Hay otras instancias: las propias organizaciones políticas, el gobierno, las ONG y la sociedad en general; por estas razones, es apropiado hablar de un proceso diverso de producción de conocimientos que se fortalece en la medida en que esa multiplicidad se encuentra y debate.

Esta diversidad propia del proceso de producción de conocimientos debe ser asumida por la ciencia, y estar siempre presta al diálogo extradisciplinario, lo cual no supone solo la interacción entre especialistas de diferentes disciplinas científicas, sino también con el resto de la sociedad y los diversos saberes que en ella existen.³

El uso de todo el conocimiento disponible resulta esencial para producir estrategias de transformación social y políticas acertadas, en condiciones de actuar sobre los desafíos, superarlos e impulsar el desarrollo social. Ahora bien, aunque como hemos afirmado, la comunidad académico-intelectual no es la única que produce conocimiento, sí es un actor esencial de este proceso debido al carácter científico e integrador del que produce basado en un determinado método de análisis y síntesis de la realidad.

Las ciencias sociales y su mayor complejidad

Como el resto de las ciencias, las ciencias sociales han estado sujetas a un proceso de desarrollo marcado por diferentes etapas.⁴ Su origen como área específica del conocimiento científico es muy posterior al de otras ciencias. Sus principios pueden marcarse en la Europa que surge de las revoluciones industriales y políticas de

los siglos XVIII y XIX. La nueva integración social a la que da lugar el capitalismo —con sus contradicciones, conflictos y crisis—, así como los aportes y la sed de conocimientos que generan las corrientes culturales de aquella época, estimulan y permiten la observación y el análisis sistémico de las estructuras y los procesos sociales desde diferentes y nuevas perspectivas disciplinarias y epistemológicas.

Lo que nos permite hablar del surgimiento de una nueva área de desarrollo científico con identidad propia es precisamente la observación de la sociedad como sistema. Otras aproximaciones anteriores, si bien dejaron aportes esenciales, sobre todo para la filosofía y el conocimiento de la historia, se basaban más en observaciones parciales y descriptivas de los procesos sociales, sin suficiente conceptualización y sin la identificación de una legalidad que explicara el sentido del desarrollo de la sociedad como sistema.

Esta aún joven área del conocimiento científico y sus diferentes disciplinas ha progresado en la construcción de un método, el avance de teorías y paradigmas, acompañados de un permanente debate donde los diferentes aportes se confrontan y complementan, con lo que el desarrollo de las ciencias sociales se consolida con un mayor potencial de conocimiento.

La función de las ciencias adquiere mayor importancia al explicar el movimiento social que, como se ha afirmado, es el más complejo de todos. Varias razones lo explican: primero, los datos para investigar la realidad social, en toda su complejidad, pocas veces son completos y exactos; segundo, las ciencias sociales no cuentan con laboratorios donde se puedan hacer experimentos y comprobaciones a escala del fenómeno que se quiere investigar; tercero, la relación entre ciencias sociales e intereses políticos —esto es, económicos y sociales— es, comparada con el resto de las ciencias, mayor y más directa, sobre todo en algunas disciplinas específicas como la sociología, la economía e incluso la filosofía y la historia, en especial cuando esta se dedica a explicar procesos recientes; cuarto, el movimiento social, aun si estuviera regido por leyes, está altamente influido por la subjetividad humana y su imaginario, lo cual hace más complejo el objeto de las ciencias sociales y su noción de la realidad, que no se agota en el terreno de «lo objetivo»; quinto, la identificación de las leyes que rigen el movimiento social y el conocimiento de sus contradicciones no es suficiente para asegurar, con exactitud, el curso futuro de los procesos sociales, porque estos están expuestos al impacto de una diversidad de factores de difícil predicción incluido el azar, lo cual implica la necesidad de prever más de un futuro posible; sexto, las consideraciones y conclusiones en el terreno de las ciencias sociales y humanas son, por lo general, más cuestionadas que las de otras disciplinas

científicas, debido a que la mayoría de las personas consideran tener una opinión válida sobre el tema, basada en su propia experiencia. Como indica la actual teoría de la complejidad, el movimiento social debe entenderse como un proceso dinámico, no lineal, sujeto a múltiples determinaciones, bifurcaciones, saltos y emergencias.⁵ La comprensión de los procesos sociales y la posibilidad de influir sobre ellos exigen no solo entender el carácter de las leyes y tendencias que los rigen, sino también el de la naturaleza humana y su psicología. Cualquier reduccionismo en este sentido puede conducir a un determinismo mecánico.

En una carta enviada por Carlos Marx a Lachatre, fechada el 18 de marzo de 1872, hay una afirmación que conmueve: «en las ciencias no hay calzadas reales, quien pretenda remontar sus luminosas cumbres tiene que estar dispuesto a escalar la montaña por senderos escabrosos».⁶ Es una verdad esencial para cualquier ciencia, pero con mayor razón para las sociales, quizás porque en ellas las cumbres son más empinadas y difusas y, sobre todo, porque sus senderos son aún más escabrosos.

Hay otro factor que se debe tener en consideración: en la medida que las sociales son ciencias no exactas, dejan más espacio a la especulación, a la pseudociencia, al diletantismo, a la opinión lega y a la manipulación interesada o ignorante. También de Carlos Marx nos llega aquella advertencia de los peligros que enfrenta la ciencia social cuando sus resultados no se corresponden con los intereses dominantes en la sociedad en que se desarrolla. Al estudiar la economía política inglesa, aseveró: «Después de David Ricardo, la economía política tendría que dejar de ser burguesa o dejaría de ser científica». Esta aseveración ha pasado la prueba del tiempo, trasciende las fronteras históricas del capitalismo.

Las ciencias en general son, por definición, revolucionarias, porque su función es ir siempre más allá de las fronteras del conocimiento científico acumulado y dominante. A menudo en ese camino se encuentran fuerzas que entorpecen su avance porque desafían los intereses o los paradigmas establecidos. Aun en contextos donde supuestamente no debería haber contradicciones esenciales entre el avance del conocimiento científico y los intereses dominantes por el carácter auténticamente progresista de estos, existe el peso de los paradigmas establecidos, de los nuevos intereses creados y de la subjetividad humana, que pueden cerrar el paso al carácter necesariamente cuestionador del conocimiento nuevo.

El desarrollo de la investigación científica se realiza siempre en medio y a merced de una determinada correlación de fuerzas e intereses políticos, económicos, sociales, institucionales e ideológicos, más allá de la validez o del sentido progresivo o conservador de esos

factores en cada caso. A menudo los resultados y hallazgos científicos tropiezan con «verdades», poderes o intereses establecidos y dominantes, y se producen conflictos y resistencias con consecuencias a veces nefastas no solo para las ciencias, sino también para los científicos, los intelectuales y para la sociedad en general.

La peor consecuencia para los científicos es la presión para no revelar una verdad o una conclusión incómoda, o dejar de hacer una ciencia de vanguardia en pos de un conocimiento nuevo, para hacer una pseudociencia de retaguardia, que apunte de manera acrítica y «legítima», con un lenguaje especializado, las políticas en curso.

El mundo de hoy está lleno de ejemplos de este tipo en diferentes contextos políticos, y no solo en el terreno de las ciencias sociales. Cuántos avances de las ciencias médicas no son revelados de manera inmediata y puestos al servicio de la humanidad por razones de intereses económicos y comerciales de las grandes multinacionales que controlan este sector a nivel internacional.

Ya en el terreno de las ciencias sociales, cuántas aseveraciones no se han sostenido, repetidas y promovidas por organismos internacionales especializados como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial (FMI) o la Organización Mundial de Comercio (OMC), basadas en supuestas «verdades» de las ciencias económicas como el carácter autorregulador de los mercados, el derrame automático del crecimiento económico, la validez de la liberación comercial indiscriminada o el carácter de mal administrador que, por definición, se le adjudica al Estado. En *El malestar en la globalización*, Joseph Stiglitz escribía refiriéndose al FMI: «Rara vez vi predicciones sobre qué harían las políticas con la pobreza; rara vez vi discusiones y análisis cuidadosos sobre las consecuencias de políticas alternativas: solo había una receta y no se buscaban otras opiniones. La discusión abierta y franca era desanimada: no había lugar para ella. La ideología orientaba la prescripción política y se esperaba que los países siguieran los criterios del FMI sin rechistar».⁷

El mantenimiento de políticas basadas en estas pseudoverdades ha causado mayor pobreza, desaliento y grandes conflictos, sobre todo en el mundo no desarrollado, a la vez que ha beneficiado los intereses dominantes, llamados también «los poderes fácticos» que controlan el mundo de la globalización.

Cabrían también muchos ejemplos provenientes de las diferentes experiencias socialistas del siglo xx, donde con frecuencia el pensamiento creador fue reprimido y manipulado para servir como un instrumento más de la propaganda oficial: la sucesión de «historias oficiales», la imposición de una enseñanza superior basada en manuales simplificadores del conocimiento con credencial de «textos científicos», la manipulación de las estadísticas,

el castigo al intelectual cuestionador, los límites impuestos al debate fecundo mucho más allá de lo que las circunstancias políticas exigían.

En el terreno de las ciencias sociales y humanas, la conciencia crítica forma parte esencial de la conciencia científica. El debate, como la duda, es un componente del método científico en general, pero sobre todo del método de las ciencias sociales. El intercambio de criterios fundamentados, la confrontación de datos, la exposición, demostración y defensa de las tesis que se proponen constituyen momentos esenciales e insustituibles en su desarrollo. Ese debate habría de darse de una manera tan natural como comprometida y responsable; primero dentro de la propia comunidad científica, luego entre esta y los que tienen la responsabilidad de tomar decisiones, y también entre la comunidad científica y los más diversos sectores de la sociedad.

Hay dos factores de gran importancia para favorecer el alcance y la calidad del debate; el primero es el fortalecimiento institucional: las instituciones definen en gran medida las regulaciones y los espacios para la interacción de los individuos y sus organizaciones en la sociedad.⁸ El segundo es la diseminación de la información, necesaria para una participación responsable y efectiva. Estos dos factores, así como la incentivación del debate forman parte de la gestión social del conocimiento. Sin debate no hay desarrollo posible para las ciencias sociales; tampoco para la sociedad.

Existe un vínculo muy cercano entre el científico social y el intelectual que se desarrolla en el ámbito de la literatura y el arte. La relación entre ellos debe ser entendida como mutuamente enriquecedora, todos forman parte de la comunidad intelectual de la sociedad y, de hecho, hay quienes tienen la virtud de moverse en ambos mundos. El discurso de la literatura expresa un mundo real o imaginario con las más diversas imágenes, que con frecuencia se mueven en el ámbito de la ambigüedad, del estímulo a diversas interpretaciones; y también realiza aportes extraordinarios para la comprensión del ser humano, la sociedad y la historia, desde una perspectiva crítica que debe ser ejercida en el contexto de la mayor libertad de creación, lo cual no implica que no deba también asumir compromisos y responsabilidades. Tiene, además, la posibilidad de llegar a un público numeroso y así ejercer una influencia a veces enorme.

El discurso de las ciencias sociales y humanas es más conceptual y directo. Debe apuntar a la esencia de los fenómenos, sin demasiado espacio para la ambigüedad y con el mundo real como objeto de descripción y análisis. Sin embargo, en la medida en que su objeto es la sociedad y el ser humano en su permanente dinámica, no puede ser exacto y tiene que responder a toda

su complejidad, su constante transformación en el devenir histórico y la influencia que sobre ella, o en ella, ejercen el pensamiento humano y sus múltiples determinaciones.

Por esta razón, para que logre comunicar sus tesis, el discurso de las ciencias sociales debe incorporar valores estéticos, una determinada y depurada capacidad expositiva que interese a un lector menos numeroso que el de la literatura, pero que siempre trascienda la frontera de los especialistas. Resulta un desafío para los científicos sociales que sus textos incorporen los valores literarios propios del ensayo.

Vale la pena insertar una interesante consideración de Jean Paul Sartre sobre este tema:

Como la literatura, la política y la filosofía son tres maneras de actuar sobre el hombre, existe entre ellas cierta relación. Yo diría, incluso, que un filósofo tiene que ser un escritor, porque hoy lo uno no va sin lo otro, porque los grandes escritores de hoy, como Kafka, son igualmente filósofos. Esos escritores-filósofos que, al mismo tiempo, quieren integrarse en una acción, yo los llamaría intelectuales; quiero decir que no son políticos, pero que son compañeros de viaje de los políticos.⁹

A la ciencia lo que es de la ciencia, a la política lo que es de la política

La política es la lucha por el procesamiento y la implementación del interés social como expresión del desarrollo de la sociedad. Obviamente, esta función solo se realiza de manera legítima cuando la política actúa en un contexto verdaderamente democrático donde se representen los intereses esenciales de la sociedad, sin injerencias externas, en un contexto de libertad, igualdad y participación plural, y donde se propicie el acceso a los bienes sociales y culturales, entre ellos el de la información.

Es función de la política reconocer y expresar los intereses del pueblo, establecer las prioridades, convocar a la sociedad a la acción para conseguir objetivos estratégicos, tomar decisiones. Para realizar su función, habrá de apoyarse, entre otros factores, en el conocimiento y las propuestas de las ciencias sociales, cuando estas están disponibles, lo cual sin dudas contribuye a decisiones más eficaces. Sin embargo, el aporte de las ciencias sociales habrá de ser procesado políticamente para tomar en cada momento lo que se considere conveniente y viable, asumiendo por supuesto siempre el riesgo, y la responsabilidad pública de quien corresponda, por las decisiones tomadas.

La función de las ciencias sociales no es exactamente la misma de la política, por más que aquellas estén comprometidas con un determinado proyecto social. No les corresponde movilizar y conducir la sociedad,

ni establecer sus prioridades, ni tomar decisiones. Como hemos apuntado, su función es producir y exponer un conocimiento nuevo sobre la realidad, evaluar los posibles escenarios futuros a partir de las probables trayectorias de las variables que los determinan y de su interacción, así como avanzar propuestas alternativas para transformar favorablemente el curso de los acontecimientos. O sea, tienen funciones de diagnóstico, pronóstico, propuesta y evaluación. Todas son útiles a la política, pero se producen en un campo diferente.

Por otra parte, la ciencia, como el arte, no está ni debe estar exclusivamente en función de sus posibles aportes a la política. El avance del conocimiento de la sociedad sobre sí misma, su naturaleza, historia, cultura, determinaciones, alternativas, lugar en el mundo y en el tiempo, es una función esencial de las ciencias en general y de las sociales en particular. Esto supone la existencia de un diálogo entre las ciencias sociales y la sociedad en su conjunto. Existe una responsabilidad de servicio público en el científico y en las instituciones científicas, que consiste en la comunicación directa a la sociedad de información y análisis especializados; no como propuesta política, sino como interpretaciones fundamentadas que contribuyen a elevar la cultura y el conocimiento general sobre diferentes temas. Por supuesto, su autor es responsable de su contenido. Estos aportes contribuyen a elevar la calidad del debate político en el que después participan los ciudadanos.

En sus funciones, el trabajo científico no puede hacer abstracción de ninguna de las contradicciones presentes en la sociedad, sino dar cuenta, con objetividad, de todas ellas sin preguntarse si es conveniente o no ponerlas de relieve al presentar sus resultados. Corresponde, sin embargo, al terreno de la política, en la lógica de sus propias funciones y de sus condicionamientos, determinar en cada momento qué es o no conveniente enfatizar o incorporar al discurso político. Como se ha afirmado, «la vocación de la ciencia es incondicionalmente la verdad. El oficio de político no siempre permite decirla».¹⁰

Podría asumirse como legítimo que, en determinado momento, el trabajo y, sobre todo, el discurso político hagan abstracción de determinadas contradicciones presentes en la sociedad por considerarlas desmovilizadoras, especialmente en contextos de reales y serias amenazas externas, o por la conveniencia de abordarlas en un momento posterior para no afectar las prioridades establecidas —ya sean de política interior o exterior—, así como por razones de seguridad o para anteponer un trabajo de persuasión que prepare mejor el terreno para abordar un problema o tomar determinadas decisiones. Ahora bien, no se trata en ningún caso de acudir a la mentira como parte de la política, lo cual es siempre inaceptable, ilegítimo y no ético, sino de que en determinado momento no se

considere políticamente conveniente exponer la realidad con todos sus matices y contradicciones, dado su posible impacto negativo en relación con objetivos estratégicos de mayor alcance.

Sin embargo, el trabajo científico y el discurso académico, a riesgo de dejar de serlos, tienen siempre que plantearse dar cuenta de la totalidad de la realidad y sus contradicciones, exponerla y explicarla utilizando las categorías y conceptos propios. La aproximación científica a su conocimiento debe ser, además, multidisciplinaria; sin que ello cuestione la importancia del aporte del estudio especializado, pero en condiciones de ser integrado a una perspectiva más amplia, pues la realidad no existe de manera segmentada y el todo no es la simple suma de las partes, sino la interacción de estas. En la totalidad está la verdad que la ciencia busca para explicar, hasta donde sea posible, el fenómeno que se estudia. Esa totalidad está, además, en permanente movimiento, por lo cual su interpretación no puede ser estática. Esto hace todavía más complejo y desafiante, a la vez que necesario, el trabajo científico.

La fe ha desempeñado un papel muy importante en la historia de la humanidad, como cualidad de la naturaleza humana, muchas veces determinante en su conducta. La religión es, esencialmente, una cuestión de fe, con toda la importancia y el respeto que merece. Sin embargo, la ciencia se constituye en un ámbito ajeno a ella. Una afirmación científica no puede estar basada en un acto de fe.

Desde luego, la política no es una religión y ha de basarse en los datos de la realidad, en el ejercicio de principios éticos y en el procesamiento del interés público y las aspiraciones de la sociedad. Pero también en la política la fe ha desempeñado un importante papel que ha contribuido a mover la historia —muchas veces en sentido progresivo; otras, regresivo. Por otra parte, la política, aun cuando incorpore el conocimiento científico, está, a menudo, obligada a improvisar decisiones basadas en intuiciones o en datos incompletos —unas veces acertados, otras no. La política no se hace, ni se podría hacer, en un centro de investigaciones, sino sometida a los imperativos constantes de la realidad, donde, en muchas ocasiones, la certeza del discurso y la apelación a la voluntad tiene que imponerse, aun cuando no se disponga de todas las evidencias para confirmar la seguridad del curso que se propone. Sin embargo, la constitución del conocimiento científico y su exposición no puede incorporar ni la fe, ni la improvisación ni la simple intuición.¹¹ Tampoco puede estar mediado por la preocupación del efecto más o menos simpático que sus conclusiones puedan tener sobre el público que las recibe.

Vale recordar lo que, acerca de su propia obra, afirmaba el importante pensador británico Eric

Aun en contextos donde supuestamente no debería haber contradicciones esenciales entre el avance del conocimiento científico y los intereses dominantes por el carácter auténticamente progresista de estos, existe el peso de los paradigmas establecidos, de los nuevos intereses creados y de la subjetividad humana, que pueden cerrar el paso al carácter necesariamente cuestionador del conocimiento nuevo.

Hobsbawm: «La historia podrá juzgar mi ideología política —de hecho, ya la ha juzgado suficientemente—, los lectores mis escritos. Lo que busco es la comprensión histórica, no el acuerdo, el beneplácito, o la simpatía del público».¹²

Ciencias sociales y política. Lo común en su diferencia

La relación entre la investigación científica y la política es un encuentro entre actores diferentes. Aun cuando compartan compromisos comunes, se trata de actividades humanas determinadas por dinámicas distintas y que se expresan con lenguajes propios. Sin embargo, la relación entre ambas, aunque compleja y problemática, es no solo posible, sino también necesaria para transformar la sociedad.

En el mundo de hoy, es relativamente frecuente que destacadas personalidades académicas pasen a ocupar responsabilidades políticas o de gobierno, donde deben tomar decisiones. Esa experiencia profesional les ofrece una importante herramienta para la toma de decisiones y una mejor comunicación con el resto de la comunidad académica. Sin embargo, quienes pasan por ella deben tener muy presente la naturaleza y los perfiles diferentes de ambos trabajos; se trata de reforzar uno con el conocimiento del otro, pero sin confundirlos.

La función de un político o funcionario identificado y consciente de los intereses de las mayorías que representa es tratar de ir siempre más allá, implementar nuevos proyectos, incorporar el conocimiento más avanzado, pero con un claro sentido de las limitaciones y posibilidades que ofrece la realidad en cada coyuntura, y aprovecharlas al máximo.

En una ocasión, alguien resumía de la siguiente manera el drama del ex presidente de Brasil, Fernando Henrique Cardoso, un muy destacado sociólogo latinoamericano: «el sociólogo Fernando Henrique Cardoso sabe de la necesidad de una reforma agraria en el país, pero el presidente Fernando Henrique Cardoso sabe y teme de los tremendos riesgos que se

corren si esta se tratara de implementar». Por supuesto, aunque esa contradicción es objetiva, un político comprometido con las mayorías siempre tiene que plantearse ir más allá, «patear» la frontera para moverla hacia delante. Venezuela ofrece, hasta el momento, una interesante experiencia de cómo se pueden tomar riesgos y avanzar efectivamente en la implementación de una política de transformaciones en función de intereses sociales mayoritarios, sin desconocer los límites y obstáculos que impone la realidad.

Es notable en la sociedad contemporánea el crecimiento de la cantidad y la complejidad de los problemas que en todas las esferas tienen que enfrentar e intentar resolver los gobiernos. Resulta comprensible que los funcionarios, en los diferentes niveles y territorios, no cuenten siempre con la información, la experiencia y el conocimiento científico y técnico suficiente para abordar con efectividad la multiplicidad de desafíos que se les presentan sistemáticamente. Es aquí donde el conocimiento, resultado de los procesos de investigación científica, adquiere una importancia determinante como contribución a la toma de decisiones políticas.

Por otra parte, un adecuado estudio de los problemas y alternativas actuales de una sociedad determinada solo es posible si se consideran parte de una realidad que va más allá de las fronteras nacionales debido al carácter global de los problemas contemporáneos y a la creciente interrelación de las diferentes realidades. Esto le supone a la ciencia un objeto de investigación cada vez más complejo, para lo cual debe enriquecer su dispositivo conceptual a fin de explicar los nuevos fenómenos globales y su impacto sobre cada realidad específica. También debe reforzar su capacidad de propuesta para soluciones de políticas no solamente nacionales, sino también regionales e internacionales. En este sentido es cada vez más importante la cooperación internacional, tanto a nivel científico como político.

Sin embargo, el aporte efectivo que las ciencias sociales pueden y deben hacer al proceso de toma de decisiones políticas no es automático. La producción del conocimiento científico para la política supone un

trabajo específico en esa dirección. Se deben considerar varios aspectos. En primer lugar, hay un problema de tiempo: la política necesita tener el conocimiento disponible en el momento de tomar decisiones que no pueden esperar; la producción del conocimiento científico supone ciclos más largos, de manera que se hace necesario ajustar tiempos para poder ofrecer información, conocimientos y propuestas alternativas al proceso político, solo posible si se sustenta en el conocimiento científico ya acumulado. En segundo lugar, el conocimiento científico está originalmente expresado en un formato y en un lenguaje especializado, lo que puede hacer muy engorrosa su comprensión para personas legas en esa especialización. En tercer lugar, el conocimiento científico no se constituye automáticamente en una evidencia para la política.

Estos factores les plantean a las ciencias sociales la responsabilidad de aportar también un conocimiento científico en condiciones de poder ser considerado y usado por la política, que esté disponible en el momento oportuno y se exprese en un lenguaje riguroso, pero a la vez comprensible. Corresponde también a los técnicos u otros actores especializados colocados en instancias políticas —ya sean instituciones de gobierno, parlamentarias u organizaciones no gubernamentales que actúen en la sociedad— contribuir a traducir los avances y propuestas científicas en programas de acción política.

La creación de redes de información e intercambio basadas en las nuevas tecnologías, a las que tengan acceso tanto los científicos como los políticos y otros actores sociales, puede contribuir de manera importante a una relación más dinámica y útil entre las ciencias sociales y la política. Las nuevas tecnologías de la comunicación y la información son también un disparador de las transformaciones sociales. La agenda científica debe ser tan amplia como la comprensión más profunda y detallada que la realidad exija, pero debe incluir también las preocupaciones y preguntas inmediatas que plantea la política de transformaciones en curso y sus principales responsables. En este sentido se puede hablar de la utilidad de una agenda compartida o construida a partir de un acuerdo mutuo.

La comprensión que la sociedad en general y el gobierno en particular tengan acerca de la pertinencia y la utilidad del trabajo de las ciencias sociales debe expresarse en una relación constructiva en la que se le facilite a la comunidad científica toda la información disponible y necesaria para emprender el trabajo de investigación, solo excluida aquella que, por muy rigurosas razones de Estado, no sea aconsejable revelar. De igual manera, la sociedad debe ofrecer, en la medida de lo posible, los recursos materiales, financieros y humanos que requiera la investigación científica. Ni el financiamiento nacional, y mucho menos el proveniente

de fuentes externas u organismos internacionales, deben condicionar los contenidos y menos aún los resultados de la investigación científica.

Esta relación no debería en ningún caso plantear una subordinación de las ciencias sociales a las necesidades coyunturales o los intereses de la política, por legítimos que estos sean. Se trata de una relación de intercambio y reforzamiento mutuo. A una política auténticamente transformadora le interesa una ciencia social rigurosa, autónoma y tan comprometida como crítica.¹³

Por otra parte, debe ser también incorporado un trabajo de monitoreo y evaluación de la utilización y la eficacia del conocimiento científico en la producción e implementación de las políticas de transformación y desarrollo económico y social.

Ciencia social y compromiso político

He dejado para el final el tema que da título a estas notas: el compromiso de la ciencia y la ciencia del compromiso, un problema que, en nuestro contexto, adquiere una dimensión muy significativa. En primer lugar, es necesario distinguir entre el objeto de la ciencia, el sujeto de ella y la relación entre ambos. El objeto de la ciencia son los fenómenos de la realidad; el sujeto, la comunidad científica; la ciencia misma, el proceso histórico de comprensión de la naturaleza, las contradicciones y la evolución de la realidad.

Es necesario tratar con mucho cuidado la diferenciación entre el objeto y el sujeto de las ciencias sociales debido a que ambos son componentes interdependientes de la realidad y forman parte de un proceso integrado donde el sujeto construye la comprensión del objeto, mientras el objeto condiciona al sujeto, porque este forma parte de la sociedad. La interrelación sujeto-objeto constituye un componente de la realidad que debe ser incorporado por la investigación científica.¹⁴ Como afirma Raymond Aron, «en la narración o la interpretación de los acontecimientos o las obras, el historiador no puede dejar de incluir juicios de valor, en la medida en que estos son internos al universo de acción o de pensamiento, constitutivos de la realidad misma».¹⁵ Un desafío para el científico social es ser consciente de esta interdependencia sujeto-objeto e intentar objetivar, hasta donde sea posible, sus propios juicios de valor. En este sentido es también interesante la polémica de Karl Popper con Adorno y Habermas. Estos últimos sostienen el criterio de que en sociología el conocimiento factual y los juicios de valor están indisolublemente vinculados.¹⁶

En todo caso, lo que nos interesa destacar es que aun cuando el científico debe mantener la mayor objetividad en la construcción del conocimiento, es

imposible que se despoje de todo juicio de valor en la medida en que él mismo es parte de una realidad que está históricamente condicionada. De manera que todo conocimiento, aun el científico, es incompleto y puede ser ampliado y profundizado.

Esto da lugar al tema del papel de los intelectuales, fundamentalmente los ubicados en el terreno de las ciencias sociales y humanas, en los procesos de transformación revolucionaria de la realidad, un asunto largamente discutido durante siglos, pero con particular fuerza durante el pasado siglo xx.¹⁷ Si el intelectual o el científico es consecuente con su comprensión de las contradicciones y problemas que afectan a su realidad, debe asumir una actitud de compromiso, como afirmara Jean Paul Sartre, con aquellos procesos que deben dar lugar a una transformación de esa realidad en función de los intereses de las grandes mayorías de su nación y del mundo. Ese compromiso no debe ser pasivo, sino activo y abierto, a la vez que honesto y humilde. Si, en la perspectiva de Antonio Gramsci, consideramos a estos científicos como parte de la intelectualidad orgánica del proceso transformador,¹⁸ con más razón su contribución a la construcción de la hegemonía de las mayorías se relaciona con su capacidad de producir conocimientos sobre la realidad social y su transformación.

A esta «intelectualidad orgánica» o intelectualidad revolucionaria —si se prefiere el término—, le debe corresponder un papel importante en esos procesos. Desde luego, no es la fuerza fundamental del cambio; pero está dentro de ella y tiene una función determinada e importante, derivada del trabajo científico-intelectual, esencialmente cuando se trata de la creación consciente de una nueva sociedad, proceso que supone disponer de la información y el conocimiento que la deben hacer posible.

Como hemos afirmado, la dinámica compleja de los procesos sociales, especialmente aquellos que suponen transformaciones profundas, y la diversidad de factores de difícil predicción que actúan sobre ellos, hacen imposible la identificación de cursos seguros de futuro, lo cual obliga a las ciencias sociales a identificar más de uno posible. Sin embargo, más que un obstáculo para el compromiso del científico ello constituye un importante incentivo, en la medida en que es fundamental la propuesta de acciones dirigidas a conducir el proceso hacia el tipo de sociedad deseada.¹⁹

La función que les corresponde a esos individuos en particular y a la comunidad intelectual en general, debería ser no solamente reconocida, sino estimulada y reforzada por la sociedad y sus dirigentes políticos a los diferentes niveles. Muchas experiencias socialistas fracasadas del siglo xx demostraron, con extraordinaria elocuencia, cómo la subordinación de gran parte de la intelectualidad —sobre todo la asociada a las ciencias

sociales— a un trabajo de propaganda, apegado a una ortodoxia instrumentalizada por el poder político y alejada de la auténtica producción de conocimientos, privó a aquellos procesos del debate necesario, responsable y fecundo acerca de las nuevas contradicciones y desafíos que enfrentaba la sociedad, de la disposición de alternativas para renovar y reforzar el curso del proceso transformador, de la frescura de nuevas ideas, muchas de ellas expresión de las legítimas aspiraciones de las nuevas generaciones.

Heredados de aquella época, llenos de juicios complacientes, manipulaciones de la historia, generalizaciones abstractas, recetas y dogmas, los manuales y diversos trabajos «científicos» constituyen evidencias de la enajenación de la función de las ciencias sociales en esas experiencias. El pensamiento creador fue en gran medida sometido a comulgar con supuestas «verdades universales» y «objetivos supremos de la historia» que servían para justificarlo todo, lo cual llevó a una producción intelectual de escaso valor científico calificada como «*vulgata marxista*» por un autor como Edgar Morín.²⁰ Este hecho no solo afectó a una parte importante de la intelectualidad que vivía dentro de las fronteras de los países pertenecientes al bloque soviético, sino también a parte de la intelectualidad orgánica de otras organizaciones políticas, que sentían o se les imponía el deber militante de buscar los argumentos que permitieran defender acriticamente aquellas realidades socialistas.

Las muchas veces injustificadas etiquetas de «revisionistas», «pequeño-burgueses» incapaces de incorporar el espíritu proletario, e incluso la de «enemigos del pueblo» abundaron en la historia de la relación entre la intelectualidad revolucionaria y los aparatos políticos que conducían esos procesos, a veces con consecuencias dramáticas. Muchos de esos intelectuales mantuvieron sus principios y sus prácticas políticas intactas, a pesar del aislamiento y las ofensas a que fueron sometidos.

Por constructivo, comprometido y objetivo que fuera el cuestionamiento, no había el mínimo espacio para cuestionar, siquiera parcialmente, la realidad. La política oficial debía ser aceptada en bloque. Cualquier injusticia evidente o decisión cuestionable debía ser asumida y justificada como parte de un proceso que se movía en el «sentido de la historia». El fin habría de justificar los medios, como si los medios no fueran parte esencial del proceso transformador. Es en los medios donde radica la ética, y esta ha de ser una cualidad *sine qua non* de la política revolucionaria, a pesar de los avatares que se vea obligada a enfrentar.

Las interpretaciones interesadas de la política oficial sobre las bases históricas y filosóficas del nuevo sistema se presentaban como dogmas doctrinarios de validez universal y permanente que debían ser asumidos como

un creyente declara la fe en su religión, so pena de ser excomulgado. Muchas veces las afirmaciones contenidas y repetidas en la doctrina eran contrarias al ejercicio que se seguía en la práctica, aun cuando este se realizaba en nombre de la doctrina.

Por más que las nuevas contradicciones sociales y la indetenible evolución de la sociedad mostraran con elocuencia la necesidad de un esfuerzo intelectual permanente, liberado de dogmas, para explicar las transformaciones mismas y contribuir a la construcción de nuevos paradigmas a la luz de los nuevos desafíos, el espacio al ejercicio de ese pensamiento creador se cerraba y el avance del proceso transformador quedaba atrapado en una parálisis paradigmática, en gran medida promovida e impuesta por las estructuras del poder burocrático establecido. Esta desnaturalización del pensamiento creador, esta enajenación del carácter y función de las ciencias sociales resulta un factor que si bien no puede ser identificado como el único, ni siquiera como el más importante, está, sin dudas, entre los que explican la crisis y desintegración de aquellos sistemas.

Es necesario comprender que la condición de un intelectual revolucionario y comprometido radica en la naturaleza de su práctica social, en su formación y su talento para crear, para estudiar rigurosa y críticamente la sociedad, sus contradicciones, problemas, posibles desarrollos y alternativas. Su compromiso consiste en compartir y defender auténticamente los principios y valores que conducen al proceso transformador: la justicia social, la independencia nacional, el desarrollo económico y social, la participación democrática, la solidaridad internacional. Una condición no debe estar en contradicción con la otra.

Para esto es necesario distinguir el compromiso del científico con los principios, del compromiso *a priori* con las diversas políticas en curso, no importa el nivel de la instancia donde estas hayan sido decididas, aunque como ciudadano e integrante de diferentes organizaciones políticas y sociales participe activamente de ellas. Un intelectual comprometido trabaja para que su propuesta sea comprendida y criticada por la sociedad.

La toma de decisiones políticas es una responsabilidad de los que, por sus méritos y capacidades, han recibido la autoridad y la representatividad para hacerlo. Es su derecho y, a la vez, su deber realizar esa función, compleja y llena de riesgos, sometida a las presiones del tiempo y de las diferentes coyunturas. En el ejercicio de esta función esencial, deben, además, asumir responsabilidad y rendir cuentas a la sociedad.

Unas ciencias sociales subordinadas y condicionadas a justificar *a priori* las diversas políticas en curso dejan de ser científicas porque pierden uno de los rasgos que las definen: estudiar y explicar objetiva y críticamente la

realidad social y el impacto que sobre ella producen esas políticas, para contribuir a corregirlas o reforzarlas —según sea necesario—, animadas por la intención de favorecer el desarrollo y sin invadir el lugar de la política o intentar sustituirla. Como se ha afirmado, «solamente la ciencia crítica puede impedir que la historia o la sociología se deslicen del reino del conocimiento positivo al de la mitología».²¹

Resulta fundamental distinguir entre los principios y valores que definen al proceso transformador de las diversas estrategias y políticas que se implementan en cada momento. De hecho, a procesos cuyos principios y valores no han cambiado, les han correspondido, en diferentes etapas, unas políticas contrarias. Muchas veces han sido, a la larga, objeto de críticas y rectificaciones cuando el poder político asume sus limitaciones, sin que hubiera existido antes el suficiente espacio para cuestionarlos, ya no por parte de la ciudadanía en general, sino de la comunidad científica e intelectual.

Cuando esto sucede, se levanta una especie de veda y aquellas políticas ya abandonadas pueden ser criticadas, muchas veces incluso más allá de lo que merecen. El mérito entonces pasa a estar en la crítica, como antes estuvo en la apología. La memoria parece desaparecer como el vínculo que haría evidente la contradicción entre la crítica y la apología ejercidas por un mismo sujeto, sea este *intelectual* o *político*, sobre el mismo objeto —los procesos reales—, solo que en un momento diferente. Por lo general la crítica siempre es conjugada en pasado; la apología, en presente. Las políticas en curso, habrían de ser, por definición, acertadas, lo que sobre ellas arroje el futuro parece ser un asunto de menor relevancia. Esto es fatal para las ciencias sociales, por más que sea la dinámica que circunstancialmente necesiten los actores políticos.

El lugar de la comunidad científico-intelectual en el proceso transformador no debe ser recibido pasivamente como una orden, misión o concesión que viene de arriba. Es un lugar que debe merecerse, demostrando la autenticidad y la relevancia del conocimiento, a la vez que la firmeza del compromiso en los términos en que lo hemos definido. Persistencia, compromiso, principios, capacidad de aportar, superación profesional continua, trabajo colectivo, profundidad cultural, visión global, flexibilidad y antidogmatismo, antidiletantismo, sentido práctico, responsabilidad, audacia, valor, dignidad, honestidad y humildad intelectual son algunos de los rasgos que abren el espacio necesario.

Desde luego, un clima de presiones y hostilidad internacional, como el que por lo general viven los procesos sociales de transformación revolucionaria —sobre todo en países de menor desarrollo relativo—, no es el mejor contexto para fomentar el debate y la

permanente búsqueda de alternativas. Sin embargo, aun en esas difíciles condiciones, es necesario fortalecer el papel de las ciencias sociales y de la intelectualidad comprometida. Quizás no sea posible más debate que el que las condiciones objetivas y el contexto específico permiten sin poner en peligro la existencia misma del proceso transformador; pero —y esto es muy importante— tampoco menos debate que el que las circunstancias permiten. Se trata de una relación que debe ser permanentemente revisada para favorecer el debate y la participación.

La disposición de información por parte de la población, incluidas las estadísticas confiables, es una condición para el ejercicio de la participación democrática en todos sus momentos. Una sociedad mal informada o sometida a poderosos medios masivos manipulados por los intereses dominantes, como ocurre hoy en gran parte del mundo, no puede ejercer una participación democrática sustancial y efectiva, sino formal, buena para «legitimar» el curso interesado de los acontecimientos.

La participación democrática supone un ciudadano con capacidad para comprender la sociedad, su lugar en ella, sus contradicciones y sus propios derechos individuales y colectivos, apto para procesar la información que recibe, formar sus propias opiniones y expresarlas; o sea, un ciudadano instruido y culto. Sin embargo, una parte importante de la población receptora del mensaje, sobre todo en los países subdesarrollados, no cuenta con la calificación necesaria para procesar la información difundida a partir de su propia perspectiva. Según estadísticas internacionales, existen más de quinientos millones de analfabetos totales en el mundo, sin contar los funcionales, con muy bajos niveles de calificación. Esta realidad, además de antihumana, constituye un límite mayor a cualquier aspiración democrática.

Con la globalización, el hecho adquiere una nueva dimensión, porque los principales medios comunicativos, sostenidos por el poder económico de los países más desarrollados, tienen hoy acceso en tiempo real a una audiencia a escala planetaria, a la que transmiten un mensaje en función de los intereses dominantes. Esto ejerce una gran influencia, que frecuentemente atenta contra la soberanía de los países y afecta su propio proceso democrático. El mundo de la globalización exige regulaciones compartidas por todas las naciones, y el sector mediático debe ser parte de esto.

La libertad de prensa es más bien formal, dado que el control de los medios supone poder económico. No es la ley sino la fortuna económica o el poder burocrático lo que permite una presencia real y sistemática en los medios. Ello determina que el mensaje mediático promueva los valores y los intereses

de los sectores dominantes; también expresa sus contradicciones y crisis; pero dentro de límites, implícitamente aceptados por esos sectores, que garanticen la reproducción del sistema. Los medios masivos de comunicación desempeñan un papel fundamental y deberían responder a los intereses de la sociedad en su conjunto, y ser sometidos también al control social y a las regulaciones establecidas por el propio sistema democrático. Dada la función y el impacto que tienen, no es legítimo que respondan exclusivamente a los intereses de grupos de poder empresarial o políticos, estén estos en el gobierno o no. Los medios deben ser un espacio para el ejercicio del debate responsable.

Igualmente, la falta de garantías para el acceso a la educación y la salud como derechos adquiridos por todos los seres humanos, por el solo hecho de serlo, genera desigualdades de origen en la sociedad, que impiden las condiciones mínimas necesarias para que la participación ciudadana en los espacios que le ofrece la democracia pueda ejercerse de manera sustancial.

El alcance de esta se profundiza en la medida en que la igualdad social y la participación popular sean más importantes, de manera que se garantice que quienes generan la riqueza participen más en su distribución. Esto supone la promoción y el respeto de los derechos ciudadanos, incluidos los económicos, sociales y políticos. El interés de las mayorías debe prevalecer sobre el resto, sin que ello signifique la exclusión de las minorías, siempre y cuando estas no promuevan acciones contra la dignidad humana y la soberanía de las naciones. Se trataría, en esencia, de una sociedad sin excluidos

La democracia, esa conquista de la humanidad, lejos de ser un atributo del capitalismo, ha sido en realidad distorsionada por ese sistema, que la ha despojado de su contenido esencial a partir de la mediación de los poderes económicos que operan en el seno de su sociedad, tanto a nivel nacional como transnacional. Esta dimensión se ha reforzado durante la actual época de la globalización. La democracia queda, en gran medida, reducida a sus dimensiones más formales y a sus procedimientos técnicos. Los altos niveles de desigualdad social, pobreza, discriminación, daño medioambiental, corrupción y apatía son la mayor evidencia de este hecho.

Sin embargo, de ninguna manera lo anterior debe disminuir la importancia de los aspectos formales o institucionales de la democracia, y el claro deslinde que debemos hacer entre un régimen dictatorial como los que por décadas sufrió América Latina o la propia Europa con las experiencias fascistas de Alemania, Italia y España —surgidas y asentadas, por cierto, dentro del ordenamiento capitalista— y los regímenes democráticos

que en todos ellos se han logrado reconstituir. Por limitadas que puedan ser estas democracias, dadas las enormes desigualdades e injusticias sociales en su seno, constituyen un importante paso adelante en relación con las dictaduras del pasado.²²

Una alternativa socialista debe contener, por definición, un distanciamiento crítico de las concepciones democráticas que se sostienen y promueven en las sociedades capitalistas, pero en ningún caso el rechazo a un ordenamiento democrático en los términos en que lo definimos más arriba. Esa conquista histórica debería alcanzar, en una sociedad socialista, una realización más plena, lo cual incluye sus contenidos sustanciales y sus estructuras formales e institucionales, a partir, por supuesto, de la experiencia histórica y los valores culturales de cada pueblo. Como en su momento afirmara Rosa Luxemburgo, «debemos concluir que el movimiento socialista no está vinculado a la democracia burguesa, sino al contrario, el destino de la verdadera democracia está vinculado al movimiento socialista».²³ Una alternativa socialista debe eliminar de la democracia las interferencias que el poder económico, la desigualdad social y el hegemonismo internacional le imponen en el capitalismo, para rescatar su significado esencial, posible en un contexto de mayor igualdad social y libertad.²⁴

El nuevo sistema supone una nueva jerarquización de los intereses y derechos de la sociedad. La satisfacción de las necesidades materiales y culturales de las mayorías se antepone al interés individual sostenido en la propiedad privada y la «libertad» del mercado. El reto para dar lugar a una alternativa que supere las limitaciones que sufrió el socialismo histórico es establecer y sostener esta nueva jerarquización sin que la primacía de los derechos esenciales liquide necesariamente el resto de los derechos y aspiraciones de los diversos sectores sociales, por minoritarios que sean. En esta relación, siempre habrá una tensión que en momentos límites, habrá de resolverse a favor de las mayorías, pero cuidando (hasta donde sea posible) el mayor equilibrio y coexistencia de derechos. El socialismo tiene que ser una sociedad en la lógica de las mayorías, pero sin reduccionismos que lo desnaturalicen al someterlo a un poder burocrático que pretenda sustituir la participación sustancial de los ciudadanos en su conducción.²⁵

Como ha afirmado Claudio Katz, «la democracia socialista debería incluir formas directas e indirectas para ensamblar la ciudadanía social con la emancipación política. Este modelo requiere la vigencia de mecanismos de participación, representación y control popular. El objetivo sería combinar la democracia en el lugar de trabajo con formas activas de sufragio para la adopción de las principales decisiones».²⁶

El socialismo supone —además del establecimiento de un nuevo régimen económico, fundamentado en nuevas relaciones de producción, y un nuevo sistema político, sustentado en la igualdad social y la participación popular— una nueva cultura basada en los valores de la solidaridad y la ética. La articulación de estas tres dimensiones puede suprimir la hegemonía del capital y dar lugar a la sociedad nueva, más libre y socialmente justa. Si este paradigma no forma parte esencial del proyecto alternativo, este no puede llamarse auténticamente socialista y difícilmente pueda superar la prueba y los obstáculos de la historia. Podríamos afirmar que la democracia verdadera solo podrá ser socialista, pero también que el socialismo verdadero solo podrá ser democrático.

Esto hay que verlo como una compleja construcción histórica sometida a una diversidad de determinantes. La agresión y presión a las que son sometidos los procesos de transformación, pueden obligar a restringir temporalmente determinadas libertades en función de la defensa de la existencia misma del proceso. Baste el ejemplo de la sucia agresión a la que fue sometida la revolución nicaragüense en los años 80, cuando a la vez que se le exigía espacios políticos para una oposición promovida desde el exterior, se le bloqueaba económicamente y se le invadía militarmente por sus fronteras.

En esas difíciles circunstancias, se imponía la necesidad de determinadas restricciones que, de no ser asumidas, se convertirían en instrumentos de los poderes menos democráticos del planeta camuflados tras un lenguaje pseudodemocrático y vacío. Pero esas restricciones deben responder a amenazas reales, y ser temporales, consensuadas y asumidas como necesarias por las mayorías de la sociedad que son el sujeto social y político, la razón de ser del proceso transformador. Hay que cuidarse del riesgo de convertir las necesidades en virtudes. El avance en la construcción democrática —vale decir, la consolidación de la mayor justicia social, así como la ampliación de las libertades y los espacios de participación— debe ser una búsqueda permanente y políticamente responsable.²⁷

El debate, la confrontación de ideas, el escuchar al otro, a todos, y con mayor razón al que comparte y defiende los mismos principios, además de una necesidad, deben ser asumidos como una virtud y una conquista permanente, un atributo no solo de la comunidad científica e intelectual, sino de toda la sociedad. Lo contrario, como se demostró en Europa del Este, es contraproducente en el largo plazo, además de que sería aceptar la capacidad de las hostiles fuerzas externas para paralizar el dinamismo, la creatividad y el carácter libertario y liberador del proceso transformador.

Notas

1. Véase Max Weber, *El político y el científico*, Alianza Editorial, Madrid, 1967.
2. Luis Carrizo, *Producción de conocimientos y políticas públicas. Desafíos de la universidad para la gobernanza democrática*, Cuadernos del CLAEH, Montevideo, 2006.
3. Edgar Morín, *Introducción al pensamiento complejo*, Gedisa, Barcelona, 1990.
4. Para ampliar en el debate sobre la periodización de las ciencias sociales, véase Mayra Espina Prieto, «Transdisciplinariedad y complejidad en el análisis social», en Luis Carrizao y Enrique Gallicchio, eds., *Desarrollo local y gobernanza. Enfoques transdisciplinarios*, Ediciones UNESCO MOST, Montevideo, 2006; Jeffrey C. Alexander, *Las teorías sociológicas desde la Segunda guerra mundial*, Gedisa, Barcelona, 1989; Edgardo Lander, «Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntricos», en Edgardo Lander, comp., *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*, CLACSO, Buenos Aires, 2000; Heinz R. Sontag, «Las viscosidades del desarrollo», *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, n. 140, UNESCO, París, 1994; Heinz R. Sontag et al., «Modernidad, modernización y desarrollo», *Pensamiento Propio*, n. 11, Managua, enero-junio de 2000; Immanuel Wallerstein, coord., *Abrir las ciencias sociales. Comisión Gubelkian para la reestructuración de las ciencias sociales, Siglo XXI*, México, DF, 1995; Immanuel Wallerstein, *Impensar las ciencias sociales, Siglo XXI*, México DF, 1999.
5. Edgar Morín, ob. cit.
6. Carlos Marx, «Carta a Lacharte (18 de marzo de 1872)», *El Capital*, t. 1, Siglo XXI, México, DF, 1973, p. 21.
7. Joseph E. Stiglitz, *El malestar en la globalización*, Taurus, Bogotá, 2002, p. 16.
8. Desde otra perspectiva teórica, Douglas C. North trata esta problemática, véase su *Institutions, Institutional Change and Economic Performance*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990.
9. Jorge Semprún, «Conversación con Jean Paul Sartre», *Cuadernos Ruedo Ibérico*, n. 3, París, octubre- noviembre de 1965, pp. 76-86.
10. Nos parece válida la cita, aunque no compartimos la perspectiva conservadora de su autor. Véase Raymond Aron, «Introducción», en Max Weber, *El político y el científico*, ob. cit., p. 42.
11. Es importante distinguir, como ya lo hicimos más arriba, entre la construcción del conocimiento científico —un proceso complejo donde sí está incluida la especulación, la construcción de hipótesis, y la intuición como parte del método—, y la constitución del conocimiento científico, que se refiere a la *conclusión* del proceso y donde las afirmaciones deben estar basadas en evidencias que las prueben.
12. Eric Hobsbawm, «Años interesantes. Una vida en el siglo xx», *Tiempos interesantes*, Crítica, Barcelona, 2003, p. 10.
13. Como se expresa en un editorial de la revista *International Social Science Journal*: «No se trata de reducir el conocimiento a la acción o la acción al conocimiento, sino de encontrar formas [...] para asegurar que la dinámica interna de cada proceso pueda funcionar y que la comunicación entre ambos fluya sistemáticamente». *International Social Sciences Journal*, n. 179, UNESCO, París, marzo de 2004.
14. Véase Mayra Espina, *Los estudios de pobreza y el diseño de políticas sociales. Límites y retos actuales*, material preparado para la Escuela de Verano del programa MOST, UNESCO, Montevideo, junio de 2007.
15. Raymond Aron, ob. cit., p. 46. Este es un punto interesante de polémica entre la perspectiva de Weber y la de Aron. El primero

consideraba la necesidad de que el trabajo científico se despojara de cualquier juicio de valor, el segundo no lo veía totalmente posible.

16. Karl Popper, «Against Big Words», *In Search of Better World. Lectures and Essays from Thirty Years*, Routledge, Londres, 1992.

17. Algunos autores y textos imprescindibles en este debate son: Max Weber, ob. cit. (1919); Julien Benda, *La traición de los intelectuales* (1927), así como Antonio Gramsci —sobre todo, *Los intelectuales y la organización de la cultura* (1949)—; y gran parte de la obra de Jean Paul Sartre, en especial *En defensa de los intelectuales*. Los dos primeros autores sostienen que el compromiso político no debe interferir en la conducta de los intelectuales; los dos últimos, por el contrario, consideran que el compromiso es un deber del intelectual.

18. Gramsci afirma que cada clase social genera su intelectualidad orgánica, comprometida con la conformación de un tipo de sociedad que corresponde con sus intereses. Antonio Gramsci, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1984.

19. En 1965, Sartre afirmaba: «El papel del intelectual, que es, por cierto, un papel ingrato y contradictorio, consiste a la vez en integrarse completamente en la acción, si la juzga justa y verdadera, y en recordar siempre el verdadero fin de la acción, poniendo siempre de manifiesto, por la reflexión crítica, si los medios elegidos se orientan hacia el fin propuesto o si tienden a desviar la acción hacia otra cosa». Jorge Semprún, ob. cit.

20. Edgar Morín, *Autocrítica*, Kairós, París, 1962.

21. Aquí vale también la cita, a pesar del carácter conservador de su autor. Raymond Aron, ob. cit., p. 31.

22. Véase Norberto Bobbio, *El futuro de la democracia*, FCE, México, DF, 1984.

23. Rosa Luxemburgo, «Reforma y Revolución», *Obras escogidas*, v. I, Pluma, Buenos Aires, 1984.

24. Véase Daniel Campione, «La articulación entre socialismo y democracia. Una visita a Rosa Luxemburgo y Antonio Gramsci en el contexto latinoamericano», en *¿Hacia dónde va el sistema mundial? Impactos y alternativas para América Latina y el Caribe*, FISyP, Buenos Aires, 2007.

25. Coincidimos con Franz Hinkelammer cuando afirma: «Se trata de una formulación del socialismo que libera de muchos dogmas y que permite una mayor flexibilidad en la conformación de la sociedad. Esto vale especialmente en cuanto a una mayor consideración de las relaciones mercantiles en el socialismo y una menor burocratización en la planificación. Pero igualmente permite un nuevo pluralismo de la sociedad socialista misma, y disuelve la identificación perfectamente innecesaria de socialismo y ateísmo». «Democracia, estructura económico-social y formación de un sentido común legitimador», *Ensayos*, Editorial Caminos, La Habana, 1999.

26. Claudio Katz, *El porvenir del socialismo*, Ediciones Herramienta, Buenos Aires, 2004.

27. En este sentido Rosa Luxemburgo afirmaba: «El peligro comienza cuando hacen de la necesidad virtud y quieren congelar en un sistema teórico acabado todas las tácticas que se han visto obligados a adoptar en estas fatales circunstancias, recomendándolas al proletariado internacional como un modelo de táctica socialista». *Obras Escogidas*, ed. cit., v. II, p. 202.